

tividad del hijo se haga diferenciada de la del padre. En *Cuerpo a cuerpo* tiene lugar un suicidio entendido como expulsión social, que ya se había anunciado en obras anteriores como *Dar la cara* (1962), donde reconstruye la falta de cohesión y solidaridad humana del ambiente bonaerense hacia finales de los años cincuenta y describe la sociedad como un grupo de personas que buscan soluciones individuales a problemas colectivos, desembocando en una mayor soledad. En otras, sin embargo, el pago es el suicidio físico como consecuencia de la expulsión del ámbito social que representa la autoridad paterna. Es el caso de *Hombres de a caballo* (1967), que reconstruye el viaje de una misión militar argentina a Perú y para el que elige como protagonista al más pequeño de una familia de larga tradición en el ejército. Sus contradicciones interiores son una manifestación del agotamiento de un sistema que ya no tiene el mismo papel de antaño y que se resiste a reconocerlo. Él es una persona anulada por la presión exterior y su agotamiento interior mientras que su hermano mayor, expulsado del cuerpo por sus posturas extremistas, termina suicidándose por ser incapaz de vivir fuera del recinto militar que lo justifica y sostiene. El fracaso y la expulsión es en algunos casos la alternativa positiva al suicidio, es la ruptura de la torre de marfil en la que vive Vicente Vera, el protagonista de *Los dueños de la tierra* (1958), enviado por el presidente Hipólito Yrigoyen para calmar los disturbios ocasionados por los esquiladores de la Patagonia, como lo fuera su padre, el juez Pedro Ismael Viñas. Cuando Vera decide tomar partido en contra de los intereses del gobierno y de la clase oligarca y ponerse del lado de quienes justamente reivindican mejoras mínimas en las condiciones de vida y trabajo, no puede evitar el enfrentamiento cruento, pero comienza la regeneración personal y con ella la de su propia clase social al decidir implicarse en la problemática que le circunda. Vicente Vera será el único personaje en la trayectoria literaria de Viñas que consigue romper con sus pretextos y que asume su parte de responsabilidad en un conflicto que termina aceptando como suyo. Es el restablecimiento de su padre frente a la historia. Con ello Viñas está afirmando que el error no está en entender la literatura como herramienta de cambio social sino en utilizarla como un pretexto que inhiba al intelectual y le sirva de máscara para afrontar su cobardía, para esconder su connivencia con el poder represor, en definitiva. El proceso abierto por Viñas es un ajuste de cuentas en el que incluye al poder militar, a la oligarquía heredera de la ideología liberal de finales de siglo XIX cuya influencia permanece viva en los resortes del poder central, a la clase política, a la población llana y a la clase intelectual. En todos ellos se encuentra él, respondiendo a su porción de responsabilidad ante la evolución de la historia argentina reciente.

La implicación personal que caracteriza la literatura creada por Viñas la convierte en un trabajo de rara honestidad dentro de su generación por cuanto pone sobre la mesa, sin inhibiciones, el importante tema de las causas y la gestión del proceso interior de la escritura. Viñas asume la actividad del intelectual y su producto como un fenómeno que establece relaciones de flujo y reflujo con el contexto social, político y literario contemporáneo al escritor, en este caso el período comprendido entre 1950 y 1980. Su literatura podrá gustar o no gustar, tener adhesiones o crear rechazo, pero no puede cuestionarse la íntima relación con la sociedad de la que dimana, lo que explica que sus obras sean, intencional y lógicamente, locales y temporales.

La aportación de la obra creativa de David Viñas en nuestros días es básicamente la lucidez que le alumbra para entender la literatura como un campo donde la sociedad ejerza un juicio político neutral y encuentre por sí misma las fisuras de su sistema. Sus últimas creaciones están muy lejos de concluir que la opción por la literatura como herramienta política sea un fracaso. Por el contrario, se convierte en el escenario donde ensayar la posible evolución de una sociedad a partir de su historia y su presente y donde crear las referencias que permitan reflexionar con libertad sobre su identidad a través de un proceso de autoconciencia.



RE 99

Jorge González Salvador: Figurín para *Historias del fin del milenio*. (Grupo Jaujarana)